

PRIMERA PARTE

LA CIENCIA DE LA HISTORIA

1. QUÉ ES LA HISTORIA

La indagación del pasado. “Ustedes los historiadores son quienes más han modificado la historia”, se nos dice con frecuencia a quienes nos dedicamos profesionalmente a esta ciencia. Tal afirmación nos llena de orgullo: ¡qué honor haber modificado la historia, haber intervenido en forma notable en los destinos de la humanidad! Pero, ¿no será más bien una burla? si la historia es “el fascinante viaje, del hombre a su propio pasado”, si el historiador, salvo cuando estudia el corto periodo de sus propios días, no es contemporáneo de los hechos que describe, ¿cómo puede modificar la historia? En vez de elogiarnos, ¿no nos estarán tachando de falsificadores?

Este problema realmente no es tal. Del mismo modo que la economía estudia la economía, así la historia examina la historia de la sociedad humana. El término es ambivalente, pero el contexto permite distinguir siempre, con facilidad, si se refiere al pasado del hombre o al estudio de este pasado. Para mayor claridad convendría llamar a tal estudio “Ciencia de la historia”, pero está tan aceptado el uso de la palabra historia para designar ambos aspectos, que nos podemos conformar con el señalamiento hecho.

La palabra *historia*, en su origen etimológico, significa simplemente indagación, ¿Indagación. de qué? En Grecia,

PARA COMPRENDER LA HISTORIA

donde toman cuerpo definido, científico, muchas actividades intelectuales que antes aparecían confusas, el término pronto adquiere el sentido de "indagación del pasado". Aquí nos acercamos ya a uno de los significados populares de la palabra historia: estudio del pasado. Pero, ¿de qué pasado?

La pregunta no es tan ociosa como parece en el primer momento. Tan es así que se habla de la historia de muchas cosas: de la Tierra, de las galaxias, de la bomba atómica, de la ciencia, del vestido, de los animales, de las plantas; se puede alargar infinitamente la lista de ejemplos. El elemento común en todas estas historias es la idea del cambio, el movimiento, de la modificación que sufren sus portadores.

El uso común resuelve también la cuestión del campo de nuestro estudio. Cuando empleamos la palabra historia, sin otra indicación, nos referimos siempre a la historia humana. Hasta no hace mucho se restringía el concepto al periodo en el cual el hombre ha dejado testimonios escritos de su paso, pero esta limitación es a tal grado arbitraria que la historia abarca hoy toda la existencia del género humano, desde el momento en que aparece sobre la Tierra hasta el presente.

¿Arte, ciencia, fantasía? No ha sido difícil, hasta este momento, delimitar el término historia, precisar su contenido. Se presenta ahora un problema, objeto de mucha discusión: ¿es la historia, entendida como actividad del espíritu humano, una expresión de la fantasía, una de las bellas artes, una ciencia, una técnica?

Para Schopenhauer¹ se trata de un saber: afirma que no puede ser ciencia porque ésta siempre habla de generalizaciones, mientras aquélla no puede pasar de estudiar los individuos, los hechos únicos, irrepetibles. Turner,² con un en-

1 Citado en F. Wagner: La ciencia de la historia. México, 1958, cap. v.

2 Turner: Las grandes culturas de la humanidad, México, 1953.

QUE ES LA HISTORIA

foque distinto, considera que es la "memoria social"; y se necesitaría aquí otro examen para decidir si ésta debe ser considerada ciencia, emoción o relato. Muy interesante es una observación de Bloch, gran historiador francés fusilado por los alemanes en 1944: señala que la historia es vieja como relato, pero muy joven como "empresa razonada de análisis".³

No es nuestra actividad la única, ni mucho menos, en la que se plantea la transición señalada por el último autor. La química nació como alquimia; la metalurgia estuvo impregnada de magia por mucho tiempo; el mismo destino sufrieron la biología, la astronomía y, con mayor razón, las ciencias directamente relacionadas con el hombre, como la economía, la sociología, la politicología.

El mismo Bloch define también a la historia como "la ciencia de los hombres en el tiempo". Pero, ¿qué es ciencia?

Es fácil perderse en una búsqueda continua de definiciones, ya que cada una de ellas exigirá otra y otra. No se pretende, pues, definir exhaustivamente el término; baste aquí con un señalamiento básico. La ciencia es una explicación objetiva y racional del universo.

Esto quiere decir que la ciencia no es una simple acumulación de conocimientos; los que la integran deben corresponder a la realidad, estar comprobados o resultar, lógicamente, de otros ya comprobados (en cuyo caso se tratará de hipótesis por corroborar). Pero un simple conocimiento, aunque se haya comprobado, no es una explicación; se necesita también la interpretación de los hechos o acontecimientos, la profundización de sus características más importantes, de sus formas propias de evolución. La ciencia no realiza la indagación respectiva sólo en casos individuales, sino que busca y encuentra las relaciones permanentes, necesarias, entre causas y efectos: las leyes. Es precisamente el conocimiento de éstas lo que permite a la ciencia predecir los resultados de determinada acción o situación (y esto es tam-

3 M. Bloch: Introducción a la historia. México, 1957, p. 16.

bién, en el fondo, lo único que hace posible comprobar la certeza de una interpretación)

El campo a que se dedica cada una de las ciencias particulares se relaciona precisamente con un conjunto de fenómenos que se rigen por leyes del mismo tipo (por ejemplo, las leyes cuánticas, las biológicas, las sociales).

¿Será posible, con base en la explicación de lo que caracteriza a una ciencia, determinar si la historia reúne las características correspondientes? Evidentemente, ésta se refiere a un conjunto de fenómenos pertenecientes a un aspecto determinado de la realidad, ya que trata de lo que sucede con las sociedades humanas a través del tiempo. pero estos fenómenos ¿obedecerán a leyes?

Sólo el estudio mismo del hombre a través del tiempo puede dar respuesta a esta pregunta; como en otras ramas del saber humano, se necesita acumular una gran cantidad de datos concretos, interpretarlos, verificar la interpretación hecha, depurar lo ya encontrado, volver a buscar más datos, en una labor paciente y ardua. Solamente cumplida esta tarea es posible afirmar legítimamente que la historia es una actividad científica.

Los casi tres milenios de historia escrita, desde Heródoto hasta nuestros días, permiten afirmar, decididamente, que se trata de una ciencia, en toda la extensión de la palabra.

La experiencia obtenida y los estudios realizados demuestran no sólo que la historia se dedica a un campo perfectamente delimitado sino también que los hechos que examina, por más que sean únicos, no responden a un azar ciego e inescrutable. Los adversarios de este punto de vista argumentan que ningún (o casi ningún) hecho histórico puede predecirse con toda precisión; esto es muy cierto, pero lo mismo sucede en muchas, para no decir que en todas las ciencias. No es posible predecir cómo va a caer un dado, que trayectoria va a seguir una partícula elemental, cuál es la empresa que va a quebrar en una crisis económica. Pero si se puede prever cuántas veces "saldrá" el seis si se arroja el dado un millón de veces, cómo se distribuirá una gran

cantidad de partículas elementales disparadas en condiciones semejantes, que porcentaje de empresas de determinada magnitud y actividad sucumbirá en las condiciones que se consideren. La necesidad (sujeción a ley de los fenómenos) “se abre paso... en medio de una serie infinita de aparentes casualidades”, señala Engels en *Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana*,⁴ en una lapidaria explicación del carácter de las leyes científicas. La observación de los hechos humanos durante milenios señala que, efectivamente, a través de múltiples acontecimientos aparentemente anárquicos se puede percibir un desarrollo que tiene leyes precisas, cognoscibles.

Por otra parte, hay muchos observadores serios que consideran a la historia una actividad no científica. La razón es bastante sencilla, y también aquí sucede lo mismo que en muchas otras ciencias. Si la ciencia se forma sobre la base de numerosos conocimientos e interpretaciones acumulados, revisados y coordinados, es lógico que en una ciencia joven todavía se conserven muchos elementos formativos. Las ciencias no “son”: “se están haciendo”, adquieren, valga la tautología, un carácter cada vez más científico. A la historia, “reciente como ciencia, pero vieja como relato”, le quedan muchas partes del cascarón; hay que reconocer también que es una de las ciencias menos formadas todavía, pero a pesar de todas las objeciones es indudable que sí reúne las características fundamentales de una ciencia.

¿Qué estudia la historia? Establecido el carácter de la historia, es necesario delimitar con mayor precisión el objeto de su estudio. Ya se ha señalado lo injustificado del concepto que excluye de su examen el periodo humano que no tiene documentos escritos. En forma parecida, también hay que rechazar la idea de los pueblos “sin historia”, de los pueblos que no cambian a través del tiempo. Ciertamente

⁴ C. Marx y F. Engels: Obras escogidas, Moscú, 1952; tomo 2, pp. 360-361.

hay comunidades más dinámicas que otras (y los distintos periodos de una misma comunidad tampoco se suceden con un ritmo igual), pero no hay absolutamente ninguna que no muestre algún tipo de transformación. El simple hecho de que un pueblo vecino modifique en alguna forma su manera de vivir influye, de modo visible o imperceptible, en el grupo "sin historia". Todos los grupos humanos, de una u otra manera, forman parte de la humanidad, y todos entran en la historia de ésta.

Se confirma pues la afirmación anterior de que la historia es la ciencia que estudia al hombre a través del tiempo. De ahí se desprende un último problema, en este primer acercamiento al tema: ¿el objeto del examen es el hombre individual o, mejor dicho, cierto número de individuos, o es la comunidad humana?

A primera vista parece haber mucha confusión al respecto. Efectivamente, muchas historias relatan prolijamente las acciones, actitudes y sentimientos individuales de tales o cuales personajes, generalmente gobernantes; otras se dedican a hablar de países o naciones. las de más allá examinan como vivía "el grueso" del pueblo en cuestión; otras más, por último, se refieren a distintas formas de agrupaciones humanas. Sin embargo, a pesar de esta aparente confusión todas ellas refieren siempre su estudio al hombre en relación con la comunidad de que forma parte, y con el desarrollo de ésta. De otra manera, decididamente, no se trata de historia sino de biografía, sociología, sicología o alguna otra actividad, relacionada ciertamente con la historia, pero no idéntica a ésta.

Está acotado el campo de estudio. Sólo el examen real de la historia, en sus dos sentidos señalados, puede confirmar o rebatir el cuadro presentado.

SOBRE LA HISTORIA DE LA HISTORIA

2. ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LA HISTORIA

Heródoto, según Cicerón, es el padre de la historia. Sin embargo, se trata de una paternidad muy relativa y discutible. ¿Acaso no hacían historia, en el sentido más amplio de "relato del pasado humano", aquellos hombres del paleolítico superior que pintaron con mano maestra una escena realista de cacería en la pared de la cueva que habitaban? Ciertamente no sólo hacían historia: también realizaron un acto mágico para facilitar la cacería, posiblemente pensaron en la enseñanza a los jóvenes (pero ¿no se ha llamado a la historia "la maestra de la vida"?); y al mismo tiempo crearon una obra de arte. Estas actividades no se contradicen; aún en nuestro días de gran especialización, muchas realizaciones humanas comparten las características de varios campos; y cuanto más retrocedamos en el tiempo menos diferenciadas hallaremos las distintas ramas del saber y del actuar.

Muchas leyendas y relatos que se transmitieron junto a los hogares del hombre prehistórico no han dejado sino noticias indirectas, borrosas y confusas. Por el siglo XXV antes de nuestra era se escribe en tablillas la historia de Gilgamesh, fijando así, con muchas interpolaciones míticas, un relato que se remonta un millar de años más atrás.

El personaje es descrito como hijo del demonio Lilla y de la diosa Ninsun, sacerdotisa de Shamash, dios del Sol. Dictador de su pueblo, tiene que enfrentarse a Enkidu, pastor que simboliza la fuerza bruta, humanizado por el amor de la hircódula, la ramera sagrada. Ambos se hacen amigos y recorren vastas regiones. Enkidu muere y Gilgamesh, tras pasado de dolor, lo busca con desesperación, experimentando todas las angustias que puede sufrir el hombre.

La leyenda de Gilgamesh, desde luego, es eso: leyenda. Sin embargo, no son pocos los elementos de verdad histórica que contiene. El propio personaje ha sido identificado como el tercer rey de la segunda dinastía que gobernó a la ciudad de Uruk. Muchas de las regiones que describe la leyenda

pueden ser identificadas con mayor o menor precisión, y algunas de las acciones realizadas dan indicios acerca de acontecimientos ya muy difíciles de reconstruir.

También los relatos de los indígenas americanos contienen una mezcla semejante de elementos fantásticos e históricos, y la investigación ha logrado señalar con claridad muchos de estos últimos. Así, el relato de Quetzalcoatl, señor de Tollan, recogido por Sahagún, fue considerado durante mucho tiempo como una "simple" obra poética, pero las excavaciones de Tula han demostrado su gran contenido de verdad. No puede aceptarse sin riesgo de caer en la fantasía mítica a Huitzilopochtli aconsejando a su pueblo que busque el águila devorando a la serpiente; pero sí se ha rastreado la ruta del peregrinar histórico de los aztecas, aprovechando muchos datos de sus leyendas.

Más claro es, desde los descubrimientos realizados por Schliemann en Troya, el contenido histórico de la Iliada de Homero. Revueltos con elementos míticos de gran belleza aparecen hechos cuya veracidad se ha podido confirmar por otros medios. Asimismo se encuentran valiosas informaciones sobre el pasado en la Biblia, junto a sus conceptos religiosos.

Además de estos elementos, conocidos desde hace mucho pero despreciados por los historiadores todavía en fechas recientes (o, como en el caso de la Biblia, aceptados como fuente infalible de conocimientos por sus creyentes), nuestro conocimiento del pasado remoto se ha enriquecido extraordinariamente en las últimas décadas por el estudio de relatos hechos precisamente con este fin: por las crónicas. Desde IV milenio antes de Cristo se implantó la costumbre, en los estados nacientes, de anotar para la posteridad los grandes acontecimientos. (A este grupo pertenece una parte de la Biblia, precisamente la llamada Crónicas.) Se trata generalmente de narraciones de hechos sobresalientes, de las glorias de reyes y sacerdotes, de la grandeza de una ciudad, hechas sin pretender una explicación más

PARA COMPRENDER LA HISTORIA

toria a indagar el papel del hombre en los acontecimientos; sin dejar de pensar en un "desarrollo hacia algo", y sin rechazar la función del destino o de otras fuerzas sobrehumanas, investiga la actuación terrenal, humana. Otra característica del pensamiento renacentista es su racionalismo: al rechazar la fe como fuente única o principal de verdad observa, comprueba y critica hechos y conocimientos. Así también lo hace en la historia. En este periodo aparecen los métodos ya modernos de crítica y análisis, que hoy se estiman indispensables para cualquier investigación seria.

Paulatinamente aumentan los elementos científicos en la consideración histórica, en forma paralela a la evolución del pensamiento humano en general. La interpretación histórica del siglo XVIII ve sobre todo al individuo y no a la comunidad ni a fuerzas sobrenaturales como el factor decisivo en el devenir; considera a éste mismo, fundamentalmente, sujeto a leyes mecánicas de evolución. Pero sigue habiendo muchos pensadores que consideran que el hombre es un ser sujeto a fuerzas superiores en cuya actuación no tiene intervención.

El siglo XIX aporta un nuevo elemento: la historia se vuelve autoconsciente, se da cuenta de que el propio historiador está sujeto a la acción de la historia en la selección de sus temas, en la evaluación y crítica de los materiales que ha de usar, en toda su concepción. La historia, al darse cuenta de su propia historicidad, crea así una premisa importante para superar la apreciación puramente subjetiva y llegar a un enfoque objetivo, científico. Al mismo tiempo se establece una separación entre las distintas disciplinas del saber humano. Las "ciencias puras" desprecian a las "prácticas" por utilitarias: éstas a su vez quieren relegar a aquéllas por inútiles. Se considera que existe una separación tajante entre el mundo de lo vivo y el de lo inerte, entre el humano y el natural. En muchos cajones, totalmente separados entre sí, se almacena el saber humano, fraccionado y, de hecho, esterilizado.

allá de la voluntad de los dioses o de la habilidad del personaje ensalzado.

Con Heródoto cambia a fondo el relato del pasado. es el período de choque entre Grecia y Persia, desde el auge de aquélla hasta la guerra del Peloponeso, y por primera vez se escribe historia propiamente dicha: el relato de los acontecimientos se combina con una visión mundial y con la conciencia del carácter histórico de la cultura; se examinan los hechos históricos, buscando la ley que rige la acción de los hombres. Al mismo tiempo que se reconoce libertad y posibilidad de acción a éstos, se les considera sujetos a fuerzas superiores. Ya no se hace un relato de la proyección de los dioses y de sus luchas personales en la Tierra, ni es tampoco la simple enumeración de sucesos, es ya historia, en el sentido clásico de la palabra.

La Edad Media refleja también en su historiografía el espíritu que la anima. La historia, que sigue siendo crónica y relato de la gloria de gobernantes y de países, insiste en la ligazón de los acontecimientos terrenales con lo divino. La fecha principal, todavía expresada en nuestra forma de designar los años, es la del nacimiento de Cristo.

El mundo se inicia con su creación por Dios, tiene su punto culminante en el nacimiento del "Hijo del Hombre", y terminará en el Juicio Final. Este marco, en el que se encuadran los hechos concretos, corresponde a la supremacía de la concepción religiosa en la época, que siempre coloca en el centro de la atención a Dios y considera que el hombre debe, mediante una vida virtuosa, colaborar a la redención que habrá de realizarse con la vuelta de Cristo.

En los siglos XV y XVI, fundamentalmente, sobreviene la gran explosión del espíritu humano conocida como el Renacimiento. Es un "volver a nacer" de la Edad Clásica, greco-romana (que llama desdeñosamente al milenio entre el siglo V y el XV la "Edad Intermedia", Edad Media). Nuevamente se pone en el centro de la atención al hombre, se observa su actuación como propia y no como reflejo de una voluntad divina. En el mismo sentido se dedica la his-

ria. Los estudios psicológicos, impulsados extraordinariamente por Freud y muchos otros pensadores, incitan a una interpretación por medio del examen de las reacciones instintivas y emocionales, tanto individuales como colectivas. Se ha tratado, con resultados muy sujetos a discusiones y depuraciones, de encontrar el carácter nacional de los distintos grupos humanos y de localizar ahí las causas de su comportamiento. La sociología, con un examen cada vez más detallado y profundo de la sociedad, aporta muchos conocimientos e interpretaciones a la investigación histórica.

Nuestra época ha tratado asimismo de aplicar a la historia concepciones irracionales, o de franco rechazo de la razón, basadas en la intuición de características consideradas más o menos permanentes o inmodificables. Hay un importante resurgimiento de la interpretación religiosa, sobre todo a través de la teoría neotomista. Así, como siempre sucede en el pensamiento humano, se enfrentan distintas formas de pensamiento, distintas maneras de concebir el mundo. Pero en todas las actividades del intelecto podemos distinguir, a lo largo del tiempo, una mayor profundización científica. También podemos notar que el historiador de hoy, en muchos casos, es menos anecdótico y arbitrario que el de antes, tiene más interés en indagar y no sólo intuir las leyes del desarrollo, y dispone de más material para comprobarlas o, en su caso, desechar las que resulten ser interpretaciones equivocadas.

¿Es posible hacer un resumen generalizador de la historia de la historia? se puede decir, a grandes rasgos, que la historia en la Antigüedad relata los sucesos acaecidos a través del tiempo a comunidades humanas, regidas por el destino o por los dioses; también en algunos casos considera determinantes a los grandes hombres. La Edad Media cristiana piensa predominantemente en comunidades gobernadas por Dios a través de los grandes personajes escogidos por éste. El Renacimiento, y con mayor razón la Ilustración y el Liberalismo, atribuyen una influencia mayor, decisiva, al individuo. Finalmente, la consideración histó-

SOBRE LA HISTORIA DE LA HISTORIA

Sin embargo, como siempre ocurre, estas tendencias predominantes no dejan de encontrar su opuesto. Las ciencias naturales generan interpretaciones históricas nuevas. Si hasta entonces se había pensado fundamentalmente en una evolución meramente política e ideológica, ahora se proyecta al desarrollo humano la idea de la evolución biológica. Dos son las consecuencias fundamentales de esta innovación: por una parte, se rompe con la idea de que el hombre no cambia en su estructura física; se piensa -y pronto se demuestra- que es el resultado de una larga evolución biológica, y que esta evolución no tiene por qué considerarse concluida; por otra parte, muchos pensadores trasladan a la vida humana lo descubierto acerca de otros seres; se atribuyen a la sociedad, en forma mecánica, conceptos como el de la supervivencia del más apto y el de la selección natural, sin tomar en cuenta las particularidades propias de la especie humana. Junto al avance de la consideración científica se abren también nuevas vías para interpretaciones pseudocientíficas, como las raciales.

En la segunda mitad del siglo XIX aparece la concepción marxista, que presenta una imagen unitaria y dialéctica del universo. Considera que todo lo existente está regido por leyes, conocidas o por conocer, generales unas y referidas a sectores parciales otras; concibe que todo está en movimiento constante, resultante del choque de los elementos opuestos contenidos en cada objeto o fenómeno. Uno de los principales campos de estudio de esta teoría es la historia, cuya interpretación marxista, el materialismo histórico, presenta una imagen a la vez simple y compleja. Simple en sus consideraciones generales, de movimiento dialéctico, de interrelación de todos los fenómenos, y compleja en la observación detallada de cada hecho concreto, múltiplemente causado y múltiplemente causante. Es una nueva visión del mundo, en la que cada ciencia viene siendo una parte orgánica de *La Ciencia*; su trascendencia es enorme e indiscutible.

El siglo XX ve otras muchas formas de escribir la histo-

rica actual piensa en una interrelación del individuo y de la sociedad; las diferentes escuelas de nuestros días establecen distintas formas de esta interrelación.

Es evidente que la reseña de la evolución de la historia que se hace en los párrafos anteriores, tanto en su aspecto de "cientifización" como en la consideración de comunidad sujeta a poderes superiores, a leyes históricas congnoscibles, es una simplificación excesiva. Las distintas concepciones muchas veces se presentan simultáneamente; ciertos pensadores se adelantan a su época, otros se mantienen en los moldes de períodos pasados. Como hay investigadores de profunda penetración científica en épocas generalmente dedicadas a la consideración de lo superficial o a la interpretación caprichosa de los hechos, hay también investigadores que renuncian a los métodos ya aceptados en su tiempo y retroceden a los anteriores. Sin embargo, sí es posible, viendo los aspectos generales de la evolución de la historia, comprobar una creciente profundización científica, en pugna con intepretaciones irracionales.

3. HISTORIA, ¿PARA QUÉ?

"Estudiamos historia para conocer el pasado", contestamos de inmediato ante la pregunta que encabeza el capítulo. Muy cierto, pero ¿para qué queremos conocer el pasado? El problema, aparentemente fácil de resolver, al grado de parecer inútil su planteamiento, muestra muy pronto sus espinas y complicaciones.

Para empezar, hay que recordar que son muchas las formas de "hacer historia". Ya se ha hablado del contenido real que suelen tener los mitos; pero no hay sólo esto. En su modo de relatar e interpretar su propio pasado, cada pueblo refleja sus concepciones, sus aspiraciones y sus formas de vivir, expresa la ligazón que siente tener con fuerzas superiores (dioses, destino...), o bien presenta un enfoque racional de universo. Muchos pueblos manifiestan su creen-

cia de ser llamados a realizar hazañas especiales, generalmente como dominadores de otras agrupaciones. Una expresión clara de estas ideas se encuentra en la frase bíblica "pueblo escogido", en la autodesignación de "hombres verdaderos" que se aplican muchos grupos y, en una forma ya políticamente conciente, en la destrucción de los antiguos documentos de miserias y humillaciones del pueblo azteca llevada a cabo por Tlacaellé, para sustituirlos por las profecías de grandeza y dominio del mundo pronunciadas por Huitzilopochtli, en la medida similar tomada por Shi Huang-ti, y en muchos otros actos y símbolos parecidos. Y todo esto no sólo refleja el modo de vivir del pueblo en cuestión, sino que también facilita el funcionamiento de su sociedad.

¿Cuál es el papel de la historia en nuestro ambiente cultural? Debemos reconocer, quienes nos dedicamos a ella, que es tachada de totalmente inútil por muchas personas. A nadie se le ocurriría poner en duda la utilidad de la labor del panadero, o del investigador médico. En cambio muchos estudiantes nos dicen: "¿Para qué quiero conocer nombres de reyes y de presidentes, lugares y fechas de batallas? ¡Todo esto ya está muerto!" Tienen francamente, mucha razón: pero lo que se les enseña no es historia, sino sólo uno de sus elementos, la crónica. Afortunadamente, la enseñanza de la historia ha rebasado hace tiempo la confusión entre ésta y la crónica, aunque a muchas escuelas no haya llegado todavía tal noticia y se siga atormentando allí a los alumnos con memorizaciones inútiles, que no les permiten comprender nada.

También entre los grandes de la cultura hay oposición a la historia. Así, el filósofo Nietzsche, quien fue ídolo de jóvenes rebeldes hace varias décadas, dice entre sus múltiples afirmaciones: "El exceso de estudios históricos perturba los instintos populares e impide al individuo, así como a la totalidad, llegar a la madurez (...) propaga la creencia, siempre nociva, en la caducidad de la especie humana,

HISTORIA, PARA QUÉ?

la idea de que todos somos seres retardados, epígonos..."¹ Con esta postura, Nietzsche identifica una forma de concebir e interpretar la historia con la de todas las escuelas históricas; al hablar de "instintos populares" muestra también su enfoque aristocratizante e irracional.

Entre los historiadores profesionales sería difícil (y absurdo) encontrar una condenación de la historia, pero sí hay distintas opiniones acerca de su utilidad y su función. Para Polibio, por ejemplo, se trata de allegar enseñanzas para el gobierno, ejemplos para fortalecer la moral y para soportar dificultades. Luciano, perteneciente como el anterior al ámbito greco-romano, ve como única función de la historia dar a conocer la verdad. Ya en días cercanos a los nuestros, Bloch dice que la historia se inicia muchas veces como entretenimiento y curiosidad. Para Turner, la "historia bien entendida es la memoria social, merced a la cual se hace inteligible la vida presente (...) conserva la continuidad social, sostén del orden social".² Childe encuentra en la historia la fuente para resolver con criterio objetivo qué es progreso.³

Todas estas afirmaciones señalan, indudablemente, algo acerca de la finalidad del estudio de la historia; pero es necesario precisar y ahondar más para llegar a una conclusión satisfactoria acerca del papel de nuestra ciencia.

Recogiendo los señalamientos anteriores se puede decir, ciertamente que la ciencia se propone descubrir y dar a conocer la verdad (también puede proporcionar enseñanzas para el gobierno, servir de entretenimiento y, en general,

1 F. Nietzsche: *Consideraciones intempestivas*, 1873-1875, Editorial Aguilar. Madrid, 1932; "de la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida", p. 6; citado en F. Wagner: *La ciencia de la historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, p. 342.

2 R. Turner: *Las grandes culturas de la humanidad*, México, 1953, p. 7.

3 Cfr. V. G. Childe: *Los orígenes de la civilización*, México, 1965.

PARA COMPRENDER LA HISTORIA

satisfacer cualquiera de las exigencias planteadas por los historiadores citados). Ahora bien: ¿se trata simplemente de conocer la verdad por conocerla? Más bien la ciencia se propone siempre, aunque a veces en forma inconciente, permitir al hombre que actúe con eficacia para lograr lo que considera conveniente. (Esto es cierto inclusive en casos tan especiales como, por ejemplo, el uso de la química para producir armas mortíferas: éstas no benefician, desde luego, al "hombre como tal", pero sí son o parecen ser convenientes para quien las emplea.

El conocimiento histórico, científico puede aplicarse perfectamente de acuerdo con este criterio. Al presentar el origen y el desarrollo de nuestras condiciones de vida nos da ya una parte de la clave para entenderlas. Pero el conocimiento científico va más allá de esta simple descripción: al profundizar, indaga en el porqué de los fenómenos, en sus relaciones mutuas, en sus leyes. Así, la ciencia de la historia nos proporciona una comprensión, por más avanzada más precisa y ajustada a la realidad, de las leyes del desarrollo social. Esta comprensión, a su vez, esta "conciencia histórica" nos permite intervenir conciente y eficazmente en nuestro propio desarrollo, en forma parecida a como el conocimiento científico de la naturaleza nos permite intervenir en ésta en el sentido que consideramos útil.

Realmente, la comprensión de la historia de que se habla aquí ha tenido y tiene distintas aplicaciones prácticas. Ya se ha mencionado la estrecha relación entre las concepciones y las aspiraciones de los pueblos y su manejo de la historia. En nuestro ambiente es fácil ver que la conciencia nacional no es posible sin una concepción histórica: se basa, en gran parte, en el conocimiento de un pasado común y de lazos creados durante un largo período. Lo mismo puede decirse de la conciencia de clase: los sufrimientos, las victorias, las derrotas, las aspiraciones experimentadas conjuntamente, en suma, la experiencia práctica de un interés común engendra, a través del tiempo, la conciencia de formar una unidad. El papel de la historia como

HISTORIA, PARA QUÉ?

ciencia consiste en hacer ver las bases objetivas, reales de estas interpretaciones del pasado y de las enseñanzas desprendidas de ellas, y en permitir su aprovechamiento más conveniente.

Al señalar estas semejanzas en la aplicación de los hallazgos de las distintas ciencias no hay que olvidar que cada especialidad tiene sus características propias, y que el adelanto de las diferentes ciencias no es parejo. Es un monstruoso error, que lleva forzosamente al fracaso, aplicar las mismas normas específicas a ciencias de variados objetivos y diferentes grados de adelanto.

¿Cuál es la forma práctica en que el historiador cumple con su cometido? ¿Cómo desempeña su papel de "hacer historia", de crear esta conciencia histórica? Son dos las grandes ramas de su actividad, inseparables entre sí: la investigación y la divulgación.

Es evidente que los hechos históricos, antes de poder ser enseñados, deben ser investigados y analizados con la profundidad necesaria. Pero el investigador, en todas las ciencias, necesita un conocimiento previo que le permita encauzar sus estudios; éstos, a su vez, servirán para confirmar o, en su caso, rectificar lo establecido por investigadores anteriores.

Lo investigado debe ser difundido. Renunciar totalmente a la comunicación de lo encontrado es condenar la investigación a la esterilidad. El investigador puede desempeñar su papel en muchas formas, válidas todas ellas. Deberá procurar siempre, para ser eficaz, utilizar un lenguaje adecuado en un aspecto muy determinado, el gremio de los historiadores en general, el estudiante de la especialidad, el alumno que ve la historia como una materia de cultura general, o también el público que la recibe en forma de libro, conferencia u otro tipo de exposición. Un aspecto cercano, que nos pertenece a la ciencia de la historia pero que se beneficia de ella, será el de la novela histórica que, sin pretender dar un relato exacto de determinados hechos, pue-

PARA COMPRENDER LA HISTORIA

de reproducir con mucha fidelidad un ambiente determinado y crear así, en forma específica e indirecta, conciencia histórica.

Aparentemente, entre el investigador y el divulgador, no hay más nexo que el conocimiento que aquél entrega a éste para su manejo. Sin embargo, la relación es más estrecha. El investigador, ya lo hemos dicho, tiene que comunicar sus hallazgos, su pena de anular su labor. Pero también es conveniente que el divulgador, ya sea maestro, publicista o escritor, tenga algún conocimiento de la investigación. de otra manera le será muy difícil, por no decir imposible, orientarse entre las diferentes exposiciones y concepciones de los investigadores. Sobre todo en una ciencia tan joven como es la historia, entre cuyos adeptos se manifiestan tantas afirmaciones contradictorias e influencias de todo tipo, es necesario que el expositor tenga conocimiento de los métodos básicos de la especialidad, para poder juzgar con objetividad y con criterio propio y no estar sujeto ciegamente al investigador.